

(DOS PLIEGOS.)



HISTORIA

DEL

BIENAVENTURADO SAN ALBANO,

Y RAROS SUCESOS DE SUS PADRES.



Madrid 1867.

Imprenta de Marés y compañía, calle de la Encomienda, núm. 49.

(DOS PLIEGOS.)



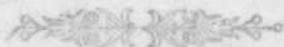
Autorizada según la ley vigente.

HISTORIA

DEL

BENEDICTINO SAN ALBANO,

Y RAROS SUCESOS DE SUS PADRES.



1807. 6176 3/6

Imprenta de Mares y compañía, calle de la Encarnación, núm. 49.

HISTORIA

DEL
CAPITULO PRIMERO.

BIENAVENTURADO SAN ALBANO.

Noticia de quien era el príncipe Albano.—Horrible atentado que cometió con una hija suya.—Arresto de Albano.—Es aban- donado en un monte, donde fue hallado por el rey de Hungría, quien le adoptó por hijo.

INTRODUCCION.

Un potentado del reino de Hungría, llamado Hissano, que por vivir olvidado del santo temor de Dios, y de la educación cris- tiana, Resuene por todo el orbe cristiano, y aun por la region vaga del viento, la fama del hecho mas abominable, torpe y feo, que pu- do haber en pecho humano, y que con rubor se diseñará en el corto espacio de esta historia, para confusion y ejemplo de los mor- tales protervos que no oyen las voces de Dios, ni los latidos de sus conciencias por estar muy constantemente sumergidos en el cieno de sus lascivos deleites. Si considerasen los riesgos y peli- gros á que por vivir desenfrenadamente ciegos están espuestos! Adviertan, que la raiz de todo mal es el descuido de no mirar á lo futuro, y prevenir lo que pueda suceder. Dichosos son los que siempre viven temerosos de lo que puede sobrevenir, y nunca se aseguran en lo presente, sabiendo que todo se desvanece como el humo, y que los que hoy están en la lozanía de sus vicios, á una vuelta de cabeza, los asalta impensadamente la muerte, y acaso desastrada, á violencias de un agudo cuchillo, como le sucedió á uno de los personajes de quien vamos á tratar en la presente historia.

principio innumerable que no se memoria de que finiese en
Divina indignacion al querer ser cruel homicida del casto honor de
su hija. ¡Oh accion de mas infiel y atroz! Qué mas fiero mi-
estranjo manco, que se viese despreciado, y que por ventura qui-
siese burlarse de ella? ~~...~~ to ni razon que la de-
cubrir su torpe dolo, se acordó á la cama de la cándida e inocen-
te doncella, haciendo: sus piernas, dulce embudo de la amante
parte, que no puede sufrir el fuego de sus heridas: adonde mis
pierna. Y no espírame yo desdones de la hermosura; adonde mis

BIENVENIDO SAN ALBANO.

Noticia de quién era el príncipe Hisano.—Horrible atentado que cometió con una hija suya.—Nacimiento de Albano.—Es abandonado en un monte, donde fue hallado por el rey de Hungría, quien le adoptó por hijo.

INTRODUCCION

Un potentado del reino de Hungría, llamado Hisano, que por vivir olvidado del santo temor de Dios, y de la educación cristiana, que como príncipe y padre de familia debía persuadir á sus domésticos, vino á caer, sugerido del demonio, en un impulso lascivo de reincidencia, del que ya había precedido absolución pontificia con lo que irritó la paciencia Divina, y por ceguera oscuració la nobleza que había heredado de sus antepasados.

Este príncipe, pues, tenía una hija de tan raras perfecciones que era un vivo retrato de la hermosura, pero tan desgraciada como bella, en términos que no puede encarecerse; pues fue como la delicada rosa, que nace su hermosura para sufrir los encuentros de las punzantes espinas. Tenía la hermosa princesa poco más de los floridos quince años de su edad, cuando llevado el padre de su belleza, cual Faetonte despeñado y cual Icaro ya herido de los hermosos reflejos de su rostro, se levantó cierta noche con un puñal en la mano, y con lentos pasos dirigió sus pisadas á la habitación de la princesa. A qui titubea la pluma al considerar en este príncipe inhumano que no se atemorizó de que viniese sobre ella la Divina indignacion al querer ser cruel homicida del casto honor de su hija. ¡Oh accion la mas infiel y alevosa! ¡Qué mas hiciera un extraño mancebo, que se viese despreciado, y que por vengarse quisiese burlarse de ella? En fin, sin mas acuerdo ni razon que la de cumplir su torpe deseo, se acercó á la cama de la cándida é inocente doncella, diciendo: Hija querida, dulce embeleso de tu amante padre, que no puede sufrir el fuego de tus peregrinos ojos, despierta, y no esperimente yo desdenes de tu hermosura; admite mis

amorosas caricias, recibe mis tiernos halagos, pero advierte, que si te resistes y no apagas el volcan con que se abrasa mi pecho, la vida dará fin á impulsos de este bien templado acero. ¡Oh bárbaro atentado! ¡Cuán angustiada quedó la princesa con esta impensada novedad! ¡Qué turbación experimentó con el descomedido arrojó de su imprudente y bárbaro padre! así es que casi no pudo articular palabra, de tal modo que la vergüenza ó el temor la pusieron un lazo en la garganta. Pero sin embargo, recuperando como pudo el aliento, bañando los puros jazmines en vergonzosas clavelinas, sin perder los límites del respeto, que por derecho natural y divino se merece un padre, y ropuesta un tanto de la fatiga que la acongojaba, alcóle la enorme é indecorosa accion en que habia caído, y le dijo: ¿Es posible, señor, que haya cabido en vuestro cristiano pecho tan atroz pensamiento, y que á la que habeis dado el ser que-rais contra naturaleza profanar su virginidad? Volved en vos, padre mio; reparad en qué astuto el demonio os ha engañado proponiéndoo una hermosura que no tengo, para sumergiros en el laberinto de sus desdichas, si no deteneis el inaudito y torpe delirio que maquinais, provocando la ira de Dios. Temed su justo y recto castigo. Acordaos, padre mio, de aquel gran príncipe Alejandro Magno, que habiéndole parecido bien cierta mujer que prendieron sus soldados en el asalto de una ciudad, y se la llevaron para que la gozase, les dijo: Que quien habia de castigar no habia de dar mal ejemplo. Pues señor, mal podreis vos enmendar los defectos de vuestros vasallos, á vista del esceso que intentais con vuestra hija. Ea, padre y señor, sosegaos, retiraos á vuestro cuarto mirando por vos y por mí. Esto con lágrimas os lo imploro, y os perdono el agravio que habeis querido hacer á mi honestidad.

A todas estas cristianas reflexiones no atendió su protervo padre, pues con el puñal en la diestra y amenazándola de que la habia de quitar la vida si no cedia á su amor, la asaltó segunda vez, y por fin se le rindió por miedo aquella alma angelical, gozando voraz el padre las brillantes luces de su hija, que cual otra venus, era la más gallarda y hermosa que habia nacido en aquel reino. ¡Oh enorme y atroz pecado! Grande fue el desconsuelo de la princesa, por temor de si quedaria embarazada; y no pasándose muchos dias sin conocer que lo estaba, se vistió de funebre luto, y se encerró en su cuarto sin salir de él por espacio de nueve meses, donde destilaba en perpetuo llanto alboros candidos de las lágrimas que exalaba la tristeza de su corazón. Allí, como si padeciese demencia, unas veces se golpea-

ha, torcia las manos, y arrancaba de su cabeza los cabellos que parecían un tesoro de Arabia, haciendo tantos estremos, cuantos le pudo permitir su grande dolor: pues quejándose al Cielo de la sinrazon de su padre, esclamaba diciendo: ¿Qué es esto que pasa por mi, triste y afligida mujer? ¿yo sin fama, yo sin honor y este perdido, que es lo que mas me horroriza, á violencias de mi perverso y cruel padre? ¿Qué dirá el mundo? Creerá que soy una mujer disoluta, provocativa y fácil como Putifar, y engañosa como Circe. Y no mnero aburrida de verme perdida y sin consuelo? Otras veces que se hallaba mas serena, decia: ¿Pero de qué me quejo? Yo soy la culpada. Porque, ¿de qué me sirvió aquella valentía de animo en resistir, si al cabo, impelida del temor, desmayé inconstante y cobarde le hice dueño de mi honor, para quedarme con la vergüenza de haberme rendido? ¿De qué provecho me fue aquel arrogante esfuerzo de reprender á mi padre, si luego cedí, haciéndome participe en la culpa? ¡Oh qué indiscreta fui! Mas acertado me hubiera sido haber perdido primero la vida, que verme en esta infame desdicha y sin la amistad de mi Dios, que es lo que con mas veras siento y lloro. Pero pongo mi esperanza, Señor, en vuestra divina clemencia. A Vos, pues, Redentor mio, me acojo como pecadora arrepentida: porque estoy cierta que á un corazon penitente siempre le albergais. Ea, Señor, perdonadme, que yo os prometo de mi pecado la enmienda. En estas amarguras pasaba la desconsolada princesa los dias y las noches, á escepcion de algunos ratos, que con suspiros, ayes y sollozos se empleaba en disponer las mantillas y pañales para lo que hubiese de nacer, bordando en ellas el escudo de sus armas. Llegóse el término del parto, que con infinitos dolores, mezclados con llantos pudieran enternecer á las mismas fieras. Porque, quien creyera de esta princesa, que teniendo tantos y tantas asistentes que la servian, habia de parir sin la concurrencia de la partera, y sin mas asistencia que la de una humilde y fiel criada que la acompañaba algunas veces en sus lamenjos y trabajos? Parió, pues, con el auxilio divino un niño hermoso como un Adonis, á quien tomándole en sus brazos le hablaba tiernamente, como si el hijo fuera capaz de sentir los males de su madre.

Oh pobre criatura, decia, cuántos dolores me ha causado tu inocencia! Cuántas adversidades te hará padecer mi desacierto!... La princesa resolvió se diese inmediatamente cuenta á su padre de lo que pasaba: el cual, para encubrir su maldad y la inculpable fragilidad de su hija, mandó á uno de los criados mas confidentes que recogiese el niño, y que con todo secreto le llevase á un monte, y

privándole del vital aliento, le arrojase á las bestias. ¡Oh qué acerba y cruel disposición! Detente, hombre ó basilisco del infierno; mira lo que ordenas, mira lo que mandas. ¿No te bastó la culpa de enjendrarle, sino que quieres ahora que ese inocente corderillo sea funesto trofeo de la muerte? Bien quisiera no ser cómplice el criado en este infanticidio, mas no pudo rehusar el mandato de su príncipe, á quien debía obedecer, y así pasó al cuarto de la princesa, y la intimó como su padre y señor habia dispuesto le entregase su hijo, noticia que asustó á la pobre señora, que con tiernas lágrimas y mal pronunciadas palabras le rogó no le ocultase si era para darle á criar ó hacer algun estrago con él; respondió compasivo el criado: Yo, señora, me alegrara infinito de no ser el comisionado en la tragedia, que la crueldad del príncipe mi señor le fulmina; pero volved en si, señora, del susto, recoged al pecho esas bien sentidas lágrimas, que yo os prometo por la ley que profeso de cristiano, que no he de ejecutar en él la sentencia rigurosa que vuestro padre bárbaramente le ha fallado; y así os suplico no resistais el entregármelo, pues de lo contrario se podra aventurar el lance. No me opondré, dijo la princesa, porque no he sabido ser ingrata, y fio en esa palabra de que quedo agradecida. Y poniéndole las mantillas, selo dió con un suspiro que se le desprendió del pecho, diciendo: La mayor tribulacion que conmigo queda, es el haber dado al mundo una criatura que haya de servir de victima á tanta crueldad, sin más culpa que haber nacido. No pudo detenerse mas el criado, y montando en un ligero caballo le metió espuelas, y en breve llegó á la falda de un monte, que distaba seis leguas de la corte, y al pie de un frondoso árbol puso al infante, sirviéndole la dura tierra de cuna, y supliéndole las entretejidas ramas de aquel rústico tronco la falta de dosel, que por su calidad se merecia, donde le dejó anegado en tierno llanto, como pidiendo á los riscos, á los valles y á las aves con lastimosos sollozos le comunicasen el sustento que le negó la ingratitud de sus padres. A esta sazón dispuso la Providencia divina que el rey de Hungría saliese á caza por aquel monte, y estándose divirtiéndolo en él le llamó la atencion un continuado llanto que rato habia estaba confusamente oyendo, el cual le puso en cuidado; y con el deseo de saber quién en aquella soledad le esparcía, guiado del eco llegó al sitio, y encontrando al niño, estendió la vista por todas partes, y no habiendo descubierto persona alguna, miró le habian dejado allí suspirando, para que la piedad de algun pasajero le recogiese. Tomóle cariñosamente en sus brazos, llevándole de secreto á palacio: y reparando en que las mantillas y pañales significaban mucho, mandó le pusieran otras y guardó aquellas.

Después determinó le bautizasen con el nombre de Albano, y que con cuidado le criasen, divulgando por el reino era hijo suyo, acción heroica y digna de un príncipe soberano.

CAPÍTULO II.

Cualidades recomendables del joven Albano.—*Propónela el rey que tome estado, y el elige por esposa la misma que le había dado el ser.*

Celebranse las bodas.—*Muere el rey dejando a Albano por heredero del trono.*—*Descúbrese por su esposa es igualmente su madre y hermana.*

Críaronle en palacio con tanto esmero, y supo aprovechar tan bien las lecciones de toda especie que le dieran sus maestros, que era de todos querido, tanto por lo agradable de su condición, como por lo bizarro en el tallo; era además muy cortés y liberal; callado en sus intentos, y prudente en sus determinaciones; era de lucido y claro entendimiento, discreto sin preciarse de serlo, y sobre todo era hombre virtuoso y casto. Además de todas estas gracias naturales que eran esmalte de su sangre, estaba adornado el joven Albano, de las que resultó después su grande y profunda humildad.

Atendiendo su anciano padre á que ya se hallaba en la primavera de los veinte abriles, le llamó un día y le dijo: Mi amado y querido Albano, supuesto que el plazo final de la vida tarde ó temprano ha de llegar infaliblemente, es mi parecer que tomases estado; y así te advierto, que pues son ocho los potentados de este reino que han de estar á tu dominio, me digas si, para tratar de tu casamiento, te parece bien pedirles por medio de embajadores los retratos de las hijas que tuvieren en estado de contraer matrimonio. Pero, ¿qué es esto que observo? parece que te has demudado? Ea, dime sin recelo de filial cobardía, qué es lo que sientes, y qué quieres que haga en este asunto. Es cierto, padre mio, respondió Albano, que estoy corrido de que sabiendo vos de que mi voluntad es hija de vuestras operaciones, consultéis conmigo lo que solo vos podeis

disponer, y yo, ciegamente obedecer, porque estoy bien persuadido que no hareis cosa que sea en mi daño.

Con esta humilde y poderosa respuesta quedó muy alborozado el viejo monarca, el cual luego al punto despachó embajadores á los potentados proponiéndoles su deseo; y habiendo vuelto á la corte despues de seis meses los ocho enviados, cada uno con sus copias, segunda vez llamó el rey á su hijo, y con afecto paternal le entregó las pinturas de las mas nobles damas del reino, diciendo: Miralas todas con atencion, y advierte que aquella de cuyo retrato hicieres eleccion, ha de ser tu esposa. Atienda aquí el lector las circunstancias de esta historia, para que con su ejemplo quede persuadido de que los juicios de la divina Providencia son tan profundos que nadie puede comprenderlos por mas que trabajen los designios humanos.

Teniendo el príncipe Albano en sus manos los ocho retratos, sin conocer á quienes representaban, quedó prendado de la hija de Hisano, con tanto estremo, que sin dar treguas á los contratos, se previnieron con prontitud los reales aparatos para celebrar sus bodas; y saliendo de la corte el rey, el príncipe y los grandes con toda la real comitiva, sin detenerse arribaron en breve tiempo al palacio del nobilísimo Hisano, que los recibió con indecibles demostraciones de placer, y señaladamente la princesa, aquel portento de hermosura, que aunque enamorada con la gallarda disposicion del príncipe, quedando desde luego cual mariposa abrasada, no por eso dejó de atender á las urbanidades de la política con todos; y evacuadas las ceremonias cortesanas y rendidos besamanos, se dió el parabien á sí misma, ofreciéndose por esposa del príncipe. La grandeza, el fausto y festivas invenciones de cañas, máscaras y saraos, con que solemnizaron los desposorios, no se puede encarecer, porque todo era un hechizo y un embeleso de las gentes.

En fin, se desposó la madre con el hijo, siendo tambien hermanos, y gozaron en los lazos de himeneo tiernos halagos y muy dulces caricias por espacio de dos años, en que cesaron las alegrías y calmaron los gustos, por haber adolecido el rey de un accidente mortal, que solo le dió lugar para recibir los Sacramentos, y decir al príncipe que mandase despejar la gente, porque le necesitaba un rato á solas. Hizolo así Albano, y sin poder sumergir en el oculto seno de su pecho las lágrimas que despedian sus ojos, dijo: Ya, padre de mi alma, estamos solos, y mi inalterable obediencia rendida á vuestros preceptos. Nunca, respondió el rey, he dudado de tu humildad y sumision; pero siendo como es llegada la hora de que mi alma pase á

dar cuenta al Supremo Dios y Señor del cielo y tierra, que ha de hacerme el cargo de todos mis actos, no quiero, querido Albano, hijo de mi corazón, por el presente paso en que me vivo, llevar el desconcierto de no declararte (con qué pena y con qué dolor te lo digo) que ignoro quienes son tus legítimos padres. Porque andando yo de caza un día por el monte, te encontré en él, de pocos días nacido, envuelto en unas mantillas al pie de un rústico árbol. Desde entonces criándote con cariño, te he tenido por hijo mío, te he tratado y estimado como tal, como tú bien lo sabes. Pues ahora como padre, te pido que gobiernes bien este reino, defendiendo su religión y su independencia. Esto lo conseguirás teniendo contentos á tus vasallos, y dando premio al leal que por sus servicios le mereciere. También te encargo que á tu esposa la veneres, como que Dios te la ha dado. Y por último, quedarás advertido, eres señor de otros Estados, según lo demuestran los bordados escudos de la ropa con que te hallé, y á su tiempo sacarás de ese escritorio que está á mi mano derecha. Concluido este razonamiento quiso recogerse un rato, y á poco le acometió un accidente que le privó de la vida.

Todo su aliento, aunque anegado en lágrimas, hubo menester Albano para no morir de sentimiento, considerandodifunto al que tenía por su querido y amado padre. En este conflicto la princesa (sin embargo del dolor que también sentía) se ocupaba en consolar á su esposo para que atenuase el torrente de tanto llanto, á que la respondió: Mi mayor quebranto nace de saber que no soy hijo del difunto rey, según me deja prevenido, y que los escudos de las armas de mi padre, que no conozco, son las que podrán verse en mis mantillas y pañales, que están reservados en una gaveta de ese escritorio. No permitió el deseo ó la curiosidad la mas leve omisión en reconocerlos, pues sacándolos Albano de donde estaban doblados, y viéndolos la princesa, al momento cayó con un fatal desmayo amortecida en el suelo.

Tal fue la turbación de Albano, que no pudo moverse, hablar ni respirar; hasta que la bellísima princesa volvió en sí de aquel desmayo, y con cariñosas expresiones le dijo: ¿Qué es esto, adorada prenda mía! ¿no me basta mi dolor, sino que también quieres tú doblarme las penas? Dime, ¿qué sientes? Cuéntame tu pesar, pues ya mi corazón me pronostica mayores tribulaciones. Cortó esfuerzo comunicaron á la triste y afligida princesa estas amorosas caricias de su esposo; porque entre tímida y turbada estrechamente le besó la mano, y con un suspiro envuelto en un raudal de amargo llanto le respondió: No solo por obedecerte, sino por ofrecer á Dios el dolor

que me ha de costar referir la oculta pena que me aflige; te diré, hijo del alma, querida prenda mia, un hecho el mas abominable y feo que haber pudo en la torpe disolucion del hombre. Ay de mí, y cómo temo llegar á los umbrales de mi tragedia.

Así, pues, te suplico me permitas que desahogue mi afligido corazon, dando soltura á las lágrimas que lo aniquilan y me privan que mi lengua te revele, como mi padre atrevido, loco y desesperado, en el silencio de una infausta noche, cuando la comun tarea daba el tributo á Morfeo, se fue á mi cuarto; llegando á mi lecho, me amenazò con que habia de morir si no me sujetaba á su lascivo y desordenado deseo. Resistime, como escollo combatido por las procelosas olas que porfian á trabajar en vano. Pero no cesando la amenaza, ni la violencia, ni el amago del acero sobre mi pecho, se ofuscaron tanto mis sentidos, que cobarde con la turbacion y el miedo, consentí... y ejecutó en mí (qué pena!) la mas obscena maldad que se cuenta en las historias. Sucedido esto, me retiré á lo óculto de un retrete junto á mi estancia, que me sirvió de estrecha celda, y cubriendo de negra bayeta todo mi cuerpo, no salí de allí en mucho tiempo, donde me entretenia en labrar, para cuando nacieses, estas mantillas y pañales, los primeros y los últimos en que te envolví. Mas sabiendo mi padre que te habia dado á luz, mandó á un criado te llevase á un monte y te matase; pero atendiendo yo á que tu inocencia no debia pagar la culpa que no tenia, con encarecidos ruegos le pedí te dejase con vida á las aventuras del tiempo entre las selvas. Esta es, querido hijo de mis entrañas, la verdad, sin faltar á ella en cosa alguna. Yo soy tu hermana, tu madre y esposa. Perdona, señor, á esta delincuente que confiesa su error, y si por lo inaudito merecé castigo, dispon de mi vida, pues mi cuello se humilla á tus plantas.

Oyendo Albano estas razones, se quedó como petrificado poseido de admiracion y asombro considerando qué haria en lance tan arduo. Mucho podia con Albano su cordura, para no prevaricar en esta ocasion su entendimiento. Si bien algunas veces con ayes y suspiros que le salian del alma, prorrumpia exclamando: Oh inconstante y necia mujer! mas valerosa para pasar por los filos del deshonor, que por lo agudo de un puñal. Oh violencia la mas alevosa! Oh cruel y mas que tirano padre! No es posible te diesen el ser otros que fieras irracionales! pues se cebaron en una hija los impuros ardores de tu lascivia. Y no has perdido la vida, ó á lo menos enloquecido con tan execrable maldad? Oh corazon de piedra! Pues sábetelo, Hisano, que de nada te sirven los heróicos blasones y virtudes de tus

esclarecidos abuelos, si con tus indignos procederés los oscureces, perdiendo mucha parte de la nobleza que adquirieron: qué importa que hayas nacido con obligaciones de príncipe, si te quedas con la infamia de haber cometido una brutal maldad nunca oída?

CAPITULO III.

Albano se dispone ir en peregrinacion á Roma y ponerse bajo la obediencia de Su Santidad.—Grande penitencia por espacio de siete años.—Hisano y su hija caen en la tentacion de repetir su feo delito.—Albano los sorprende y les quita la vida.—Vuelve Albano á Roma y luego se retira á hacer penitencia al desierto donde muere santamente.

No por que fraguaba mil discursos Albano en su triste imaginacion, se olvidó de solicitar los medios mas eficaces para el remedio de su gran pesadumbre, pues con el pretexto de que era preciso hacer una romería con su esposa, y haberle llamado el Pontífice para consultarle ciertos negocios de entidad, tenia trazado ausentarse de la corte, y encargando á uno de los mas principales caballeros que con los poderes y facultades necesarios gobernase el reino hasta su regreso. Solo apetecia una noche oportuna á su intento, y preparándosele tan oscura y triste como deseaba, sin ser sentido de nadie salió de la corte con la princesa, que iba vestida á lo peregrino como él: ambos descalzos de pie y pierna, pisando con sus delicadas plantas, no solo las duras piedras, sino los cardos y zarzas que produce la despoblada tierra, y llegaron despues de algunos dias, con indecible penalidad, á las puertas del palacio de Hisano; pidieron licencia para hablarle, que se les otorgó fácilmente, y puestos en su presencia con copiosas lágrimas y las rodillas en tierra, dijo Albano estas lamentables razones: Si acaso, gran señor, por la novedad del traje no nos conoces, pongo en tu noticia como aquí tie-

nes á tus dos hijos, y no como quieras me tienes á mí como yerno, sino como hijo propio, que me hubiste de tu hija infeliz, hoy mi hermana, madre y esposa por desgracia, ó porque los hados así lo quisieron. Qué confusa tribulacion es esta en que nos tiene puestos lo enorme de tu culpa, que por disposicion del Cielo está descubierta? Y has podido vivir tranquilo todo este tiempo, teniendo cerrados los ojos del entendimiento con el polvo de la obstinacion, sin haber solicitado con una cruel penitencia la gracia Divina por medio de la santidad pontificia? Advierte que el enojo de Dios fulminará contra tí, si no procuras calmar el dolor de haberle tan gravemente ofendido. Ea, señor, llorad, y lloremos esta imponderable ofensa. Sean nuestros ojos fuentes, que destilen lágrimas amargas de lo íntimo del corazon, para que aplaquemos la severa indignacion del Altísimo que nos crió, no para ofenderle sino para servirle.

Viendo Hisano declarada ya la fatal tragedia en que incurrió por su ceguedad, y que de vergüenza no podía satisfacer con razones correspondientes á los sentenciosos cargos que Albano le hacia, se reconoció culpado, y resolvió pasar á Roma en compañía de sus dos hijos, no permitiendo mas dilacion que la de encomendar á un cercano deudo suyo el cuidado de sus Estados durante su ausencia. Hecho esto, se espusieron á las incomodidades que acarrea un largo camino transitado á pie, y sin prevencion de alimento, cuya falta les oprimió bastante. Pero luego que vieron los muros de Roma á corta distancia, dieron alegremente gracias á la infinita piedad de Dios, que los dejaba llegar al centro donde reside el Sumo Pontífice.

En fin, entraron en la ciudad de Roma, y presentáronse ante su Beatitud, que los recibió benigno: le besaron el pie y sin levantarse, confesaron contritos la gravedad de sus pecados. Y atendiendo Su Santidad, á la enormidad y circunstancias de las ofensas cometidas contra la inmensa Bondad, les impuso la condigna penitencia, de que por espacio de siete años habitasen lo inculto y breñoso de un yermo, llorando de continuo sus seisimas culpas; que los ayunos fuesen frecuentes, y la comida de yerbas del campo: que no vistiesen camisa y que pusiesen fuertes cilicios á su cuerpo, maceándole asimismo con sangrientas disciplinas; que no se quitasen la barba y que su cama fuese de duras y esquinadas piedras.

Precedida la aceptacion de esta penitente y saludable medicina los absolvió su Beatitud, de quien se despidieron arrepentidos con un profundo llanto. Y no queriendo hacer mansion ni un instante en poblado, al punto se retiraron á lo mas áspero y escondido de

un solitario desierto, que solo le ocupaban animales silvestres, donde encontraron para su morada un acomodado sitio, tan impenetrable y oculto á los ojos humanos, que si salian fuera era necesario valerse de algunas señales para volver á él. En fin, albergue que pudo servir de defensa contra los brutos, de reparo contra la inclemencia, de silencio para la oracion que de continuo observaban, y solo era interrumpida por los ahullidos de lobos y otras fieras.

Qué espectáculo sería ver á la delicada princesa trasformada en Magdalena, desmelenadas las trenzas de sus rubios cabellos, consumido lo brillante de sus ojos de puro llorar, tostadas sus blancas manos con la intemperie, y sus tersas carnes de color nacarado por sus grandes penitencias? Qué admirable sería ver al inocente y justo Albano andando entre riscos y peñas, desgarrando sus miembros con fuertes azotes, y pidiendo á Dios se doliese de su pobre alma? Y al viejo Hisano con la crecida barba que tocaba en la tierra, dando clamores al Cielo y vertiendo lágrimas abundantes de arrepentimiento!

De este modo, para satisfaccion en parte de sus errores, pasaban el tiempo y contaban los años, descosos de cumplir enteramente su penitencia, de cuyo plazo llegó el dia; y habiendo con escetivo gozo dado gracias al Criador del Universo, que les dió tolerancia y resignacion para ello, por despedida dijeron: Adios, desierta morada! adios, dulce albergue, que tanto tiempo nos has hospedado sin interés; y pues no tenemos otro caudal, por pago te damos mil bendiciones, y pedimos al Soberano Señor del Empíreo, no permita seas profanada, ni sirvas de guarida para facinerosos bandoleros. Con esto determinaron retirarse hácia sus tierras para disponer de sus Estados y tomar el hábito de religiosos.

Aquí palpita el corazon, el pulso tiembla y la lengua balbuciente no acierta á referir, como siguiendo su viaje hicieron tránsito en la falda de una sierra, y un dia que se sentian fatigados determinaron hacer siesta al pie de un copudo árbol. Albano como bien acostumbrado á las penitentes tareas del desierto, se apartó á un lado para por medio de la oracion pedir al cielo clemencia; á cuyo tiempo el demonio que no se descuida, con su influjo maligno incito al padre y á la hija, de modo que cometieron de nuevo el anterior delito. ¡Oh bárbara ejecucion! ¡Oh tierra! cómo no te abres y sepultas en tu centro á estos dos seres indignos, en quienes no hizo impresion la continua y reciente penitencia! Por cierto muy elevado estaba el buen Albano, en la oracion, y no se le puede negar que estaba bien empleado: pero bien poco celoso de su honor, no advertia que su padre,

su hermana, madre y esposa, incorregibles volvian á reincidir en su deshonesto fragilidad con mayor desenfreno. Suspende, en fin, su oracion Albano, y reparando en el hecho, absorto y sin sentido se arrojó á ellos tan colérico, que sin poderse contener les quitó las vidas; y por no faltar á la piedad, y evitar que fuesen pasto de las fieras hizo una hoya, y dándoles en ella sepultura, aunque no eclesiástica, tomó otra vez el camino de Roma para sujetarse á la obediencia Pontificia, y declarar por estenso todo el caso como habia sucedido.

Oido por su Beatitud el relato de Albano, le amonestó que se volviese al desierto, llevando consigo un compañero presbítero; que todo el resto de su vida fuese penitente anacoreta; que mandase fabricar una ermita donde los cuerpos de sus padres yacian, que sacase sus cadáveres, que hiciese grandes penitencias, y que las oraciones que rezase fuesen dobles, y las aplicase por sus almas.

Con gusto abrazó Albano la disposicion del Papa: pero discutiendo que para ponerla en ejecucion y disponer de sus Estados, eran preciso algunos dias, rogó á su Santidad le confriese un limitado término; y movido su Santidad á tan justa peticion; le concedió usase del que fuese menester; y no abusando Albano de la gracia concedida, sin perder un momento despachó diferentes cartas á sus vasallos mas distinguidos, manifestándoles que hacia renuncia de sus derechos á la corona, y era su voluntad que gozase sus principados el pariente suyo mas cercano, y de unos en otros sucesivamente, no alterando la paz y quietud que siempre observaron sus antepasados. Y suplicaba que para la construccion de una ermita en que intentaba permanecer hasta su muerte, le enviase por una vez de su Erario, por via de limosna, una corta libranza, que la esperaba de su piedad cuanto antes.

Tan pronto estuvo el socorro, que cuando menos pensó Albano, ya le tenia en las manos. Con que pudo disponer en breve le hiciesen la ermita con dos estrechas celdas. A esta sazón ya el Cielo le tenia inspirado un sacerdote de ejemplar virtud, que gustoso le acompañase: y prepararon los ornamentos que se requieren para la celebracion del santo sacrificio de la Misa, y otros adornos del divino culto; se retiraron á la espresada ermita, en donde vestidos de ásperos cilicios, empleaban las mas de las horas del dia y de la noche en continúa oracion y varios ejercicios de penitencia. Siete años habitó Albano el sagrado retiro de su ermita, haciendo vida tan ejemplar como la declara la Iglesia. Y estando ya purificado con los trabajos dispuso la divina Providencia que recogiese el fruto de su mortifica-

cion y penitencia; enviándole la enfermedad mensajera de la muerte; y reconociendo el siervo de Dios por los efectos que se cumplia el plazo de su vida, con el mayor fervor pidió á su amado capellan y compañero le consolase con el divino Sacramento del Pan Eucarístico, en que se nos ofrece milagrosamente por el mejor manjar el mismo cuerpo de nuestro Redentor Jesus. Y recibéndole con suma devoción, puso los ojos en el Cielo, porque allí tenia el corazon: y entregó su alma al Criador.

Hoy día nos le da á reconocer por Santo la misma Santa Madre Iglesia, y por tal le veneramos.

